

1- 590



¡ABAJO LAS ARMAS!

¡ABAJO LAS ARMAS!

(Carta Política á un Liberal Colombiano.)

Paris, 25 de Octubre de 1912.

SR. D. RICARDO TIRADO MASCAS,

BOGOTÁ

DISTINGUIDO Y BUEN AMIGO,

El cobarde atentado de que ha sido Vd. víctima no ha sorprendido á ninguno de los que conocemos los discípulos de Borgia y de Medicis, fieras humanas que ninguna civilización ha podido estirpar. Ese crimen justifica una vez más nuestras acusaciones. La intransigencia, la intriga infame, el asesinato político, todas esas iniquidades que hemos denunciado, están patentizando hoy la huella horripilante del fanatismo religioso en nuestra vida nacional. Y eso es motivo de regocijo para nosotros, porque cada uno de sus crímenes es una victoria nuestra. Usted no teme ni al puñal ni al veneno de los fanáticos, porque más que su vida aprecia Vd. su misión de luchador y porque bien sabe Vd. que con sangre no se destruye sino se confirma la verdad.

A la guerra ván los hombres en rebaño y en la refriega dán casi todos pruebas de bravura. Ese és el valor de las multitudes, algo así como una fuerza magnética que se comunican los hombres unos á otros, valor sin mérito y casi siempre tristemente estéril. Por fortuna hay otra medida para conocer el temple de las almas varoniles y és el valor civil; ese, que és individual, que és propio, que és virtud, és el valor admirable, el único que merece el culto de los hombres. Usted lo ha comprendido así y por eso será Vd. héroe superior entre los héroes, y su firmeza desconcertará la alevosía de los cobardes.

Pero hablemos de la Patria. Las últimas noticias nos dicen que Ustedes se están preparando para una guerra internacional. Yo no quiero creerlo. Nadie ignora que los desaciertos políticos del Gobierno del Perú han herido el sentimiento nacional de Colombia. Sin embargo nosotros no podemos ni debemos olvidar en estos momentos que hay jueces en la Haya y que és allí donde los pueblos sensatos deben buscar justicia. ¿ Antes de afilar las espadas han pensado Ustedes en someter el conflicto á la deliberación del Tribunal de las Naciones? Ese és *ya* un deber de humanidad y si algunos pueblos lo olvidan en estos momentos en el viejo continente, los jovenes estados de América no deben seguir su ejemplo, porque la suprema justicia internacional és el único recurso

salvador de los pueblos débiles. Si ustedes se batan hoy sin ir antes en busca de los jueces, mañana, cuando un conquistador brutal quiera despojarnos ó esclavizarnos, no podremos hablar de arbitraje, para oponer la ley de la justicia á la ley de la fuerza.

Decir la verdad sinceramente, cuándo la verdad es dolorosa, es tarea ingrata y á veces peligrosa, pero es deber sagrado que ningún hombre honrado tiene derecho de esquivar. Adular con falsedades, mentir para agradar, es propio de los frívolos de mala fé, de los incapaces de triunfar, que quieren abrirse las puertas de la gloria con la llave falsa del engaño. Lleno está el mundo de esos hombres, egoistas, mediocres y perversos, que viven embriados con el clamoreo victorioso de las multitudes ignorantes. Por mi parte prefero levantar tempestades de odios que cosechar aplausos engañosos. Una vez más me toca decir verdades crueles en momentos angustiosos : Colombia no puede hoy lanzarse á la guerra sin atentar contra su vida. Conozco el patriotismo de nuestras masas, el alto temple de nuestros guerreros ; no he olvidado que en esa patria de libertadores cada hombre es un soldado y cada soldado un héroe, pero la experiencia, el estudio y la reflexión me han enseñado á conocer los grandes factores de las contiendas armadas en nuestros dias. En la guerra moderna el heroísmo

sucumbe bajo el poder del oro y de las armas; el genio de la ciencia destructora ha eclipsado la bravura del luchador en la batalla; en el Campo de Marte yá no pelean los hombres sin las máquinas; los campamentos militares son aún el escenario de esas hecatumbes, pero los vencedores están en los laboratorios, en las escuelas bélicas, en la bolsa y en los arsenales. Los cañones modernos alejan los combatientes; los ejércitos enemigos no se vén, el acero y el fuego caen súbre ellos como lluvia infernal; las naves armadas, casi invisibles en el horizonte de los mares, incendian las ciudades, y los aviones, pájaros diminutos y rápidos, lanzan la muerte desde las alturas. Esa és la guerra de hoy, espantosa lucha sin gloria, matanza sin coraje, destrucción. Y á ella no pueden ir sino los pueblos ricos y fuertes.

Una guerra larga, costosa y sangrienta, llevó á la ruina la República Peruana. El mal fué grande, y la rehabilitación, lenta y penosa, data apenas de quince años. Pero en esos quince años el Perú ha aplicado todas sus energias á la reorganización de sus finanzas, á dar impulso á su creciente prograso económico y á organizar una poderosa defensa nacional. El oro volvió á sus arcas, el orden y la actividad levantaron sus fuerzas y hoy la prosperidad comienza á sonreirle.

En Columbia un partido ha gobernado durante treita años con el vetusto pergamino de la doc-

trina escolástica; y unas veces con cándida honradez y otras con malicia perversa los amos de esa tradicional agrupación política han intentado formular un programa democrático. El resultado ha sido desastroso; la inútil tentativa de formar un estado moderno con nuevas instituciones, sobre las bases carcomidas de la filosofía tomista y de los viejos principios sociales, tenía que llevarnos fatalmente á la catástrofe. Levantar una república sobre el secular armazon de las doctrinas forjadas para sostener la monarquía, és una temeridad inaudita; menos peligroso sería construir sobre las ruinas vacilantes de Cartago ó de Timgad uno de esos fantásticos edificios, cuya altura no alcanzan á descubrir los habitantes de Chicago. Por eso la Nación Colombiana ha vivido durante los últimos treinta años en una constante y angustiosa contradicción; y por eso si el partido conservador hubiera tenido el valor de proclamar el imperio en vez de profanar la república, sus culpas serían hoy menos grandes y menos largo habría sido el más triste periodo de nuestra historia nacional. Porque de ese conflicto de principios surgió la anarquía política, el desorden administrativo, los vaivenes de la opinión pública, el terror y la traición. Y todo eso és una horrible gangrena que está carcomiendo el vigor de nuestra patria y envileciendo el alma noble y altiva de nuestro pueblo.

Las guerras civiles promovidas para colmar ambiciones egoistas y la incapacidad de casi todos los hombres que han gobernado la Nación durante un cuarto de siglo, han completado la obra fatidica.

Nuestro ejército es una masa sumisa y valerosa pero ignorante aún. Las provisiones no abundan en nuestros parques y nuestro armamento, escaso y defectuoso no corresponde á las necesidades de una guerra internacional. En nuestras arcas no hay una sola moneda de oro y nuestro crédito no ha restablecido todavía la confianza en los mercados extranjeros.

Eso no es todo; hay algo más pavoroso amigo mio: la ceguedad cruel de algunos caudillos que fueron liberales y la tirania salvaje de un sin número de sátrapas conservadores, ha sacrificado en Colombia esa pléyade de hombres que fué nuestra mayor gloria. Esos bravos adalides que se formaron en las escuelas libres de todos los partidos en época feliz; esos luchadores concientes, cultos, firmes y abnegados en la lucha, serenos y generosos en la victoria, no son yá el alma de nuestra vida política; casi todos ellos han desaparecido; los pocos que viven, están abrumados por el peso de las desgracias de la pátria y prostrados por sus propias desventuras.

Tal es la situación de Colombia en estos momentos. Ningún Colombiano honrado y sensato podrá

decir sin traicionar su conciencia : « Vamos á la guerra, la victoria nos espera. »

Si hay entre nosotros patriotas que quieran dar pruebas de verdadero valor, que digan despreciando el furor de los caudillos insensatos : « Esforzemonos por concertar nuestros derechos con los intereses de otros pueblos amigos, para buscar pacíficamente lo que en estos momentos no podemos esperar de las armas ; y si esta tentativa fracasa, si no encontramos aliados que quieran honrar la Justicia y la Paz, esperemos que la ley ineludible de la evolucion política, que comienza ya á despertar la conciencia pública en nuestro pais, renueve nuestra energia moral y rehaga nuestras fuerzas sociales, único medio de obrar la resurrección de la vieja Colombia victoriosa, de la Colombia de Mosquera, á la cuál rindieron todas las naciones de América tributo de justa admiración. Seamos verdaderamente heroicos en esta hora cruel de impotencia y mostremonos dignos de nuestra rehabilitación política, que nos dará en dia no lejano el triunfo de nuestros derechos internacionales. No desesperemos del porvenir. La juventud colombiana, en cuyas venas circula la noble sangre de nuestros grandes adelidos, está sorprendiendo en delito de lesa verdad á los fariseos de la República, y la presencia de un hombre honrado en la primera magistratura de la Nación és el primer signo de resurrección.

Esperemos. Que callen los clarines bélicos. En nuestra historia militar no hay sino guerras justas y victorias; nosotros no podemos profanarla con un desastre nacional. Y si rehusar el combate es declararse vencido, no retrocedamos ante esa derrota, de la cuál es único responsable el partido que ha postrado las fuerzas de nuestra Nación. Hay momentos en la vida de los pueblos en que es más heroico volver la espalda al enemigo que lanzarse ciegamente á la refriega. Seamos por hoy heroes vencidos; mañana, cuándo la prosperidad nos haga recordar nuestro bello pasado, la gloria sonreirá de nuevo á la pátria de los grandes vencedores. El pueblo peruano olvido ya quienes fueron los heroes de Ayacucho. La futura Colombia, la Colombia moderna que se anuncia, se encargará de recordarle la grán Colombia, la gloriosa Colombia de otros tiempos.

Emprenda Vd. la penosa campaña de hacer ver una vez más la realidad á nuestros compatriotas. Usted, mi buen amigo, es uno de los pocos hombres que se han salvado de ese espantoso naufragio politico en que han perecido nuestros mas bellos caracteres. La libertad principia á disipar las tinieblas de esa noche pavorosa de treinta años, en que los colombianos han perdido hasta el recuerdo de sus grandes virtudes. De Vd. son los primeros triunfos de la conciencia libre y esos triunfos son la aurora de nuestro renacimiento. Añada Vd. á

ellos los triunfos no menos brillantes de nuestra grandeza nacional.

En estos momentos LA GUERRA ES UN ABISMO. Dígalo Vd. con su firmeza de periodista valeroso y honrado.

Y si los políticos de iglesia y de cuartel hacen oír otra vez en la cátedra del templo los clarines de guerra en nombre de Dios y en honor de la Pátria, levante Vd. tribuna de patricio heroico para decir que mienten y grite muy alto, con el poderoso aliento de los grandes patriotas : *Abajo las armas!* (1)

El nombre de Dios y el de la Pátria no pueden cubrir eternamente con su grandeza deslumbradora, ese tenebroso militarismo latino-americano, que ha querido corromper inicuaamente el alma de nuestras jóvenes naciones.



(1) Bajo el título de *la Tierra de las Amazonas*, Jorge La Torre hizo alusión al discurso belicoso de un orador sagrado en la catedral de Bogotá. En ese discurso, dicho orador, que es una de las emiencias eclesiásticas de Colombia, excitó la indignación del pueblo colombiano contra el Porú.